EINSTEIN-HEISENBERG.—Einstein fue el último gran representante de la física que inició Galileo. Era el fin de una época y no el comienzo de una nueva. Heisenberg rompe con la gran tradición atomista para renovarla.

bilidades de la ciencia de cara al futuro. Por poner un ejemplo, tenemos el caso de Alianza Editorial —habitualmente tan solvente y ponderada—, que ha vertido al castellano un formidable conjunto de ensayos del gran físico Werner Heisenberg, aparecidos originalmente en alemán bajo el título de "Tradition in der Wissenchaft" ("La tradición en la ciencia"), y que ha presentado al público de habla española bajo el título oportunista de **"Encuentros y conversaciones con Einstein y otros ensayos"**. En mi opinión, estas prácticas editoriales no hacen más que confundir a la gente aprovechando una coyuntura conmemorativa de actualidad, en este caso el centenario de Einstein. En primer lugar, porque **"Encuentros y conversaciones con Einstein"** no es, ni mucho menos, el más significativo e importante de los ensayos de Heisenberg recogidos en este volumen. Desde luego, y así lo manifiesta el propio Heisenberg, Einstein supuso un importante elemento de referencia en la carrera científica del formulador del principio de incertidumbre; pero lo decisivo es algo que quizá no se haya subrayado debidamente en este centenario de Einstein y sin lo cual no se comprende bien lo que está ocurriendo en la física. Me refiero a que Einstein no es una renovación de la física, sino el último representante de la gran tradición que inició Galileo. Einstein es el último desarrollo de la Física Clásica. No puedo detenerme ahora en esta recensión en mostrar esta clara verdad. Quien esté interesado en la cuestión puede consultar con mucho provecho el capítulo 4 (Tres situaciones de la filosofía respecto a la ciencia) de "La idea de principio de Leibniz", de Ortega, en que se hace un insuperable análisis del tema. El hecho cierto es que desde la mecánica cuántica —uno de cuyos fundadores fue Heisenberg—, la física ha renunciado, por un lado, a hablar de la realidad y se contenta con la probabilidad, mientras por otro ha renunciado a ser conocimiento en el sentido de presencia de la realidad en el pensamiento. Esta es la cuestión. Einstein se sublevó siempre contra las concepciones estadístico-probabilísticas de la mecánica cuántica: ahí está su famosa y reiterada frase de que no concibe a Dios jugando a los dados. Esta no era la cuestión y revela que Einstein era el fin de una época y no el comienzo de una nueva.

Los que quieran conocer de primera mano las grandes líneas de dirección de la física más actual —de la física de ahora mismo— tienen en estos ensayos de Heisenberg unos textos fundamentales, una obra utilísima y fascinante. Disponíamos, desde luego, de bastantes textos en castellano de Heisenberg, pero éstos que ha lanzado ahora Alianza Editorial son básicos para conocer los últimos pensamientos del gran físico alemán, que falleció en 1976. Especial interés tienen sus trabajos sobre la física de las partículas elementales y su papel en el desarrollo de la ciencia actual. Heisenberg rompe con la tradición atomista que se remonta a Demócrito y descubre que en el estado actual de la física ya no tiene sentido la distinción entre partículas elementales y compuestas. El concepto de división de la materia carece experimentalmente de significación. Y así escribe lúcidamente Heisenberg: "Hay que hacerse a la idea de que los fenómenos de lo muy pequeño y de lo muy grande no proporcionan ya imágenes visualizables". Quien no comprenda esto no ha franqueado todavía el umbral del nuevo modo de pensamiento científico, que ha hecho de la física un conocimiento simbólico. ■ **PEDRO FERNAUD.**

El final de Santa María

LA saga de la ciudad de Santa María, sus fantasmas, sus recuerdos, sus neblinas y vacíos, su sensación constante de insatisfacción y soledad, la continua recurrencia a la invención de otra realidad (la literaria, fuera de la cual la ciudad no es), conforman en grado sumo la vitalidad imaginativa de Juan Carlos Onetti, uno de los más grandes novelistas actuales de la lengua española.

"Dejemos hablar al viento" (1), aunque no se nos llegue a confirmar plenamente en su lectura, es la parte final de la ciudad inventada por Onetti. En sus páginas resuenan con maestría los sones y los ecos de otras páginas, los nombres y sombras de otros personajes que pululan por Santa María con brumas o vientos más que como actantes o fórmulas de relación. Todos esos ecos y sombras son los mundos de Onetti, mundos anteriores al de **"Dejemos hablar al viento"** y que se inserta en el relato como cuñas que se resisten a desapare-

(1) **Dejemos hablar al viento**, de Juan Carlos Onetti. "Narradores de hoy". Bruguera-Alfaguara, 254 págs. Barcelona, 1979.

Juan Carlos Onetti.

Línea de máquinas de escribir electrónicas Olivetti: TES 401 / ET 221 / ET 201

LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR ELECTRONICAS OLIVETTI NO CORRIGEN LOS ERRORES. LOS EVITAN.

También con Olivetti ET 221 y ET 201 todos los errores de escritura pueden evitarse. Al igual que TES 401, los nuevos modelos de máquinas de escribir Olivetti obtienen de la electrónica las ventajas indispensables para realizar trabajos de mecanografía impecables.
La línea de máquinas de escribir electrónicas Olivetti constituye, en efecto, una gama de productos que mejora la calidad del trabajo cotidiano: permiten un considerable ahorro de tiempo, eliminan las operaciones repetitivas y transforman el trabajo de mecanografía dando a la secretaria la posibilidad de realizar una actividad más creativa y gratificante.
Los tres modelos presentan un teclado cómodo y familiar y poseen display (TES 401 y ET 221 de tipo visor de línea y control; ET 201, visor de control); realizan la compaginación de forma automática; permiten el cambio de paso de escritura y de caracteres ("margarita" intercambiable) en función de cada tipo de trabajo; corrigen automáticamente los errores aún antes de que éstos se impriman sobre el papel.
Cada modelo está dotado de un diverso nivel de memoria para recordar escritos enteros (TES 401) o frases repetitivas y páginas modelo (ET 221 y ET 201), constituyendo una línea de productos en la cual el usuario puede escoger el modelo más económico y adecuado con sus necesidades.
Operando casi en silencio, TES 401, ET 221 y ET 201, perfeccionan y simplifican el trabajo de secretaría, aportando todos los elementos para un cambio de estilo en la actividad del despacho.

olivetti

cer para siempre de la cosmovisión literaria de Onetti: ¿no son el nombre y el personaje de Díaz Grey una constante de la novelística de Juan Carlos Onetti y base fundamental de **"La vida breve"** y —como ha afirmado algún crítico— el **alter ego** literario del novelista uruguayo? Sin embargo, en **"Dejemos hablar al viento"**, Díaz Grey es una sombra disuelta en algunos diálogos o soliloquios, la sombra de un nombre sacado del archivo onettiano, el fantasma o el demonio obsesionante de Onetti-autor. Lo mismo pasará con Larsen (Junta o **"Juntacadáveres"**) y Brausen.

De este modo, el relato deviene homenaje (¿final?) a toda la narrativa onettiana, una especie de catálogo y encaje definitivo de las pesadillas del autor que, en este caso, deja que el viento sea el hablador, el narrador del cuento, el decidor omnisciente, mientras el propio autor se limita a enumerar acciones y relaciones, a unificar fórmulas y recuerdos que han ido hilando paulatinamente la posibilidad de la narración.

Tal vez por esta misma razón, **"Dejemos hablar al viento"** no puede ser, no es, una narración lineal ni en el tiempo ni en el espacio: el final, aunque cerrado y aparentemente definitivo, encierra la línea quebrada de las obsesiones del falansterio inventado por Onetti hace más de veinticinco años. Los personajes que se mueven en sus páginas adelantan ya ese final postergado hasta hoy y se apagan con el viento sin apenas hacer ruido en su exhalación final: como si el autor supiera que les ha llegado el último respiro.

"Dejemos hablar al viento" es, además, novela de varias lecturas, desde la primera y elemental, hasta aquella más literaria e intelectual en la que el conocedor de la narrativa onettiana busca las huellas de hechos y relaciones que no aparecen en sus páginas, pero que corresponden a su mismo mundo. Por eso en la novela se retrata el rostro de un auténtico novelista contemporáneo que no se conformó con uno o dos títulos en beneficio de una pretendida y nunca alcanzada perfectibilidad literaria y creativa. Esta vez, como el viento sacado del verso poético de Ezra Pound, Onetti ha vuelto a hablar después de un larguísimo y sabio silencio para recoger los trozos dispersos de la ciudad que construyó sobre el papel blanco de su imaginación y en el epicentro de la cual se encuentra siempre esa sensación de vacío existencial y de exilio real, la sordidez de un mundo neblinoso y reservado para la mezquindad de los propios personajes, sólo sombras humanas aquí utilizadas como recuerdos. Llenar las casillas que se fueron quedando vacías, entre Lavanda y Santa María, es la función del viento hablador de Onetti en esta novela, en medio de la cual flota y gira la vida y recuerdos de Medina, síntesis del mundo onettiano, de artista frustrado y de policía sin vocación. Simbolismo aparte, Juan Carlos Onetti ha dibujado en el viento esos caracteres de mujer que parecen, aquí, ser la única y al mismo tiempo todas las mujeres de su historia, sujetas siempre a las contradicciones y juegos que llevan el relato paulatinamente hasta su desenlace. Hay dos muertes. Y una confesión (la de la sombra de Seoane, hijo ambiguo de la mentira que es y no es) que deja al lector ensimismado, con las ganas de saber si es o no

ADIOS A LAS LETRAS

Mírenles

LO que más impresionó de la noche del Ritz, en Madrid, fue que Carmen Martín Gaite, tocada de sombrero negro, afilando esos ojos de cuarto de atrás que tiene, hilandera que es de la pluma, le dijera a José Manuel Lara, que la escuchaba orondo: "Y lo que no podrá hacer en su vida el señor Lara es comprar mis palabras". Las palabras de Carmen Martín Gaite no están en venta. El público aplaudió su aguerrida notificación, y fue el señor Lara, que antes había elogiado caballerosamente a la escritora, quien más le aplaudió. Estos andaluces aplauden en gallego.

Otra cosa que me impresionó fue la erudición del duque de Alba. No es erudito el que sabe cosas, sino el que sabe decirlas. Y el duque de Alba, que usa una barba entrecana que le da un aire oxoniano que conviene a las cosas que dice, sabe decir las cosas que sabe, y lo hace en varios idiomas. Suponga que serán pocos los directores generales que puedan decir correctamente en latín lo que Horacio dejó escrito para que lo copiaran primero Baudelaire y luego Manuel Vázquez Montalbán.

Porque de lo que se trataba aquella noche del Ritz era de presentar los últimos Premios Planeta, ganados, como se sabe, por Vázquez Montalbán, en primer lugar, y, en segundo término, por Fernando Quiñones. Fue una noche feliz, la verdad, porque hasta el tercero en discordia —Leopoldo Azancot— acudió a la cita de las presentaciones, tuvo un amable diálogo con Lara y ambos olvidaron los malentendidos. Luego, en el discurso público, el editor se descubriría ante el escritor y pediría para éste el apluso del público. Si la escena se hubiera desarrollado en "Fantástico", no hubiera quedado más televisiva. Azancot, en algún rincón del hotel, sonreía en gallego y catalán. Estos andaluces sonríen en catalán y en gallego a un tiempo cuando les da la gana.

Quien sonríe poco, la verdad, es Manuel Vázquez Montalbán, que dijo un par de cosas bien dichas y que arrancó el espontáneo aplauso del público, que con tanta justicia le quiere. Yo le miraba —en realidad cumplía con el dictado del duque de Alba, que había pedido al público que mirara con detenimiento a Manuel Vázquez Montalbán— y me daba cuenta de que aquel hombre iba a decir cosas muy serias: la principal fue que no pediría perdón por haber ganado el Premio; tampoco iba a pedir disculpas por ser comunista, y que no iba a dejar de recomendar la lectura de la "Autobiografía", de Jorge Semprún. En su sitio, a la derecha del director general de la Música, Vázquez Montalbán colocaba ante sí, vertical, enhiesto, el libro de su compañero Fernando Quiñones. Este, gaditano sin fronteras, dijo al final que estaba alegre. Carmen Martín Gaite había dicho que eso era consustancial con el ser de Quiñones, pero éste lo repitió por si acaso.

Manuel Vázquez Montalbán y el duque de Alba.

En el patio de butacas me encontré con diversas pieles: allí estaban las dos Cármenes de España, la señora de Tamames y Carmen Díez de Rivera. Juan García Hortelano me daba el brazo para despistarme de Kubala, que nos odia, y Rafael Abella, solícito como siempre, acercaba a Azancot y a Lara y los dejaba hablando en un rincón, como si estuvieran charlando de literatura.

Después del acto siguieron tomando copas, pero yo me fui con Vicente Molina-Foix a ver La Sabina, de José Luis Borau, y entre los dos decidimos que Angela Molina debe ser la próxima Premio Planeta de cualquier cosa. Umbral, aterido, asentía sumiso ante la propuesta. Lara tiene la palabra y los millones. ■ **SILVESTRE CODAC.**

el verdadero asesino quien firma su condena: un mundo ambiguo, de travestismo personal, de máscaras que buscan su cambio, su inmediata cirugía estética al borde ya del olvido de un pasado que les recuerda constantemente su sordidez humana, espiral de soledad en la que finalmente quedan envueltos en la tumba de Santa María.

No existen, pues, los tiempos convencionales en **"Dejemos hablar al viento"**, novela que actúa como un delicioso detonante irónico sobre la realidad real, sobre la llamada literatura realista. Porque la novela de Onetti es sólo real en el sentido de la verosimilitud de su fantasmagoría y de la tramoya de los hechos y conductas de sus personajes. Pero Onetti desprecia, con la solemnidad del humo, la incidencia de su narración en la escolástica del materialismo histórico y la realidad objetiva. Y ese es otro de los méritos rotundos de **"Dejemos hablar al viento"**: rotos los tiempos, los espacios son nubes del recuerdo, cuadros del propio Medina envuelto en su pasado. Sin embargo, la narración impone sus moldes tradicionales: exposición, nudo y desenlace, truco fundamental de la memoria onettiana que consigue que el lector tenga obligatoriamente que participar de la catarsis del autor, so pena de tener que abandonar **"Dejemos hablar al viento"** en mitad del desierto fácil de la realidad. Capítulos clásicos alternan en el juego del relato con simples viñetas, frases-pensamientos, pinceladas elementales que retrotraen al lector avisado a la relación narrativa: recurrencia de estilo que el oficio de Juan Carlos Onetti utiliza varias veces a lo largo de la novela, la última —según nos dicen— de Santa María, donde los hilos desperdigados van ligándose hasta conseguir cerrarse al final, cicatrizar extensa e intensamente, dejar definitivamente zanjada la ofensa o a la deuda con el pasado. ■ **J. J. ARMAS MARCELO.**

CULTURA A LA CONTRA

Muerte meteorológica de una ilusión

HACE un año, y creo que fue más o menos por estas fechas, empecé la columnilla esta. Y hablaba, creo recordar, del mercadillo en que se habían convertido las calles de Madrid; zoco oriental más divertido y agradable —además necesario, tanto para los compradores de baratijas como para los parados, que en él encontraban sustento— que el carnaval de plásticos electorales, de fanfarrias y de himnos, que acompañó el nacimientode esta democracia en poliuretano y rellena de bakelita, fosforescente y vestida de ejecutivo que nos han regalado los franquista. Pues bien, el mercadillo madrileño empieza a morir. En otoño, de forma chopiniana, exangüe y apaleado por ediles y concejales, que se llaman comunistas o socialistas, y que corren a defender los intereses del pequeño empresario de "honesto comerciante", de la médula misma que anima a la burguesía. Parece que hay que matar la iniciativa y el color e impedir que aquellos que no tienen medios de subsistencia consigan ganarse el pan sin recurrir al delito, y es que si no hubiera delincuencia no habría tampoco Policía —aunque algunos opinen que la cosa empezó al revés, y que fue la Policía quien engendró la delincuencia—, y es que el Ayuntamiento, para vivir y pagar las deudas que contrajeron sus anteriores administradores, necesita que les paguen impuestos municipales: el color, la fiesta y el juego tienen que pagar impuestos, si es que quieren subsistir dentro de la ley. La iniciativa, la marginación han de ser etiquetadas y aparcar en zonas señaladas, no desbordarse.

Desde los albores de la democracia posfranquista hasta ahora, cada vez son más las libertades que al principio parecieron darnos, y que ahora nos van quitando una por una: libertades relacionadas todas con la vida en la calle, con nuestro entorno diario. La Policía aumenta su actuación y su presencia en las calles, y hace unos días pude leer, desde la calma relativa de una isla del Mediterráneo, cómo en una semana se habían efectuado en el Madrid nocturno más de mil detenciones. Del Rastro quitaron hace ya tiempo los puestos de partidos políticos, que suponían una sana expresión de libertad —o tal vez, "una sana libertad de expresión"—, para darles gusto a los vándalos de ultraderecha; ahora sólo quedan los puestos de los nazis, con quienes los demócratas no se meten. Y hoy, en los Metros han puesto unos guardias —más guardias, más guardias— juramentados, dispuestos a expulsar de su sagrado y carísimo y polucionado recinto a vendedores ambulantes, músicos y demás **entretenedores** *de nuestros inacabables trayectos. Y los propietarios de tiendas y almacenes parecen haber abandonado la lucha contra hipermercados y otros macrocomercios —que les hacen una competencia mucho mayor y más desleal— para centrar sus iras en el débil, en aquel que no tiene la ley de su parte, en el marginado y en el pobre. El complot contra la vida continúa y nos siguen hundiendo en la mierda cotidiana.*

Hace un año empecé a creer que Madrid se salvaba; que iba a salir de los cuarenta años de franquismo, alegre y dicharachero, como en los buenos tiempos. Incluso hace poco tiempo tenía —contra toda razón— la esperanza de que un Ayuntamiento de izquierdas sirviera para arreglar un poco las cosas, para dar una dimensión de mayor libertad y alegría a la vida ciudadana. Una vez más, la realidad ha quitado la razón al deseo y se ha vuelto a ver aquí, en la calle, lo poco de izquierdas que es la izquierda parlamentaria y pactista. Y que no nos vengan ahora con el truco de pedir la "legalización del porro". Está muy bien, pero hay también objetivos más inmediatos, como, por ejemplo, la posibilidad de vivir mejor en la calle. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

JAZZ

ECM

MIENTRAS las miradas de quienes estábamos en platea se distraían entre vidrieras y ornamentos, y continuaban llegando los rezagados a un concierto matemáticamente puntual, el grupo Azimuth ocupaba la escena como si nada tuviera que ver con ellos. Norma Winstone ponía una y otra vez a prueba sus buenas facultades y su peculiarísima voz en ejercicios de tanta dificultad que nada más oírlos le daba faringitis a uno. Kenny Wheeler, con la trompeta y el fliscorno, cruzaba líneas con la Winstone en plan atmosférico, y John Taylor, que con el piano cumplía a rajatabla la orden de que todos los pianistas de "la casa" toquen como Jarrett, daba de vez en cuando un poco de calor a aquello, haciendo sonar esporádicamente un órgano electrónico y algún que otro artilugio. Esa era la primera parte de la presentación de ECM en España: su equivalente pictórico hubiera sido el mapa del tiempo realizado por un dibujante japonés. La segunda parte ya fue más cálida. Jan Garbarek (de Oslo, Noruega, y no sueco como han dicho por ahí), Charlie Haden (americano, de Shenandoah, y no inglés) y Egberto Gismonti (este sí es brasileño) forman un trío que, por lo escuchado, represen-

Jan Garbarek, Egberto Gismonti y Charlie